

B. O.
Ricardo Buzar

Precio de suscripción

Murcia: Un mes. . . . 1 peseta.
Resto de España, un
trimestre. . . . 3.50 id.

Precio de la venta

5 cént. ejemplar y 25, 75 céntimos

REDACCION Y OFICINAS:

SAURIN, 4.—MURCIA.

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

MURCIA.-Lunes 1.º de Octubre de 1906

Publicidad

LOS ANUNCIOS DE TODAS CLASES
A PRECIOS SEGUN TARIFA.

TODA LA CORRESPONDENCIA Y GIROS

DEBEN DIRIGIRSE

AL DIRECTOR GERENTE

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Núm. 27

Año I

Un año más

Con la solemnidad de siempre, ó sea, con la lectura de un gran número de discursos y memorias en otros tantos centros de enseñanza oficial, relatando en estas las labores del año precedente y exponiendo en aquellos á la consideración de la cultura patria algunos problemas dignos de estudio, se celebrará hoy la apertura del curso académico de 1906 á 1907, sin que, excepción hecha de la variación de personas encargadas de esos trabajos en tales momentos, exista ninguna novedad en semejante ritualismo.

Esta rutina oficial ha preocupado en España á todos aquellos que sueñan en engrandecer su patria, á los que amando la cultura desean extenderla en provecho exclusivo del pueblo, y aun cuando repetidamente han hecho públicos sus loables propósitos, bien en el libro, en la prensa y algunos, muy pocos en verdad, hasta en la cátedra, sus ilusiones no las ven realizadas. España continúa soñando en el funcionarismo del Estado, y cree que la enseñanza únicamente tiene el fin principal de llegar á él; prefiere obtener el modesto haber de empleado de cualquier categoría á poseer aquella libertad en el obrar necesaria á procurar el engrandecimiento de su país y el suyo mismo, que solo se consigue mediante la posesión de útiles conocimientos adquiridos por el estudio y la práctica en todos los órdenes del saber humano.

Esto es, que en vez de hacer ciudadanos que honren á la patria por su saber y su amor al trabajo, España estima que el día de hoy es el comienzo de una molesta labor que terminará el 30 de Septiembre de 1907, durante cuyo tiempo el Estado continuará su obra rutinaria, los profesores, salvo excepciones rarísimas, faltos de alientos por culpa de aquél que tan mal los retribuye, seguirán sus sistemáticas é invariables explicaciones, y las familias... deseando se acabe el curso para exclamar: «un año más», por no dominarlas otro afán que la conclusión de las carreras de sus hijos, cuyos títulos los pongan en condiciones de obtener una credencial que no esté á merced de los políticos, pero que necesariamente ha de adquirirse por la política.

Razonando de esta suerte se explica que la feliz iniciativa del Sr. Gasset como Ministro de Agricultura, Industria y Comercio, enviando al extranjero gran número de obreros para conocer y estudiar cómo se trabaja en múltiples industrias y aprendan en bien de la patria que por ellos se sacrifica, no haya sido secundada por los particulares como debiera serlo.

Y es que no podemos dejar de ser españoles; se anuncia la expedición obrera antes nombrada, que ciertamente produce admirables resultados, y miles de individuos solicitan ser incluidos en ella; después, no hay corporación ni particular alguno que emplee su capital en tan patriótica labor: el Estado lo ha de hacer todo, y como solo de él esperamos el remedio á tanto mal como nos abruma, no contribuyendo en nada con nuestro personal concurso, jamás obtendremos en las relaciones mundiales el lugar que ocupan por

propio derecho las naciones cultas.

Es, pues, la enseñanza oficial en los actuales tiempos como una máquina que funciona automáticamente, cuyos productos casi carecen de valor, y á buen seguro que de continuar de esta suerte, nuestra anulación será completa en breve plazo.

Y hasta quién sabe si, aun hoy, no habrá muchos que crean que nos favorecería la enajenación de las posesiones españolas en Africa y que sería una ridiculez celebrar en 1908 el centenario del comienzo de nuestra heroica defensa por la independencia patria!

DE MADRID

De nuestro redactor-corresponsal

LA INUNDACION

Si la participación extraña en los propios dolores, de igual suerte que consuela las conmociones del alma, remediase los materiales daños, nosotros, los murcianos, podríamos sentirnos agradecidos á los elementos, que desbordándose habrían proporcionado ocasión para que fuesen generosamente indemnizados los perjuicios sufridos por la catástrofe; pero descontando el agradecimiento profundo, imperecedero, que grabado en nuestros corazones con letras de fuego llevaríamos adelante, los hijos de esa hermosa y desgraciada región, para con la prensa madrileña y la prensa de toda España; los daños quedan en pie, los perjuicios sin remediar, la miseria señora y dueña de los pobres labriegos, que en lucha ruidosa y tenaz con la madre tierra creíanse á cubierto de la indigencia propia y de los suyos.

Y no es que la representación de la nación, el gobierno, haya retardado el momento de acudir á la desgracia. El segundo de los Consejos de ministros y su primera ocupación en él, fué estudiar la manera de arbitrar recursos para las desgracias de Murcia; fue llamar al presidente del Consejo de Estado para que el informe de aquel alto cuerpo se remitiera rápidamente y en favorable sentido al crédito extraordinario para la damnificación de los infelices.

No obstante, nuestra amargura es atroz; más grande hoy que fué nuestra angustia ante los trágicos relatos de los sucesos de Santomera.

Nuestra retina impresionada con la imaginativa reproducción de los horribles sucesos, transportado nuestro espíritu á los días felicísimos pasados en ese adorable trozo de tierra, donde el sol tiene un color y una alegría que jamás se perciben en parte alguna, aumentaban nuestro dolor hasta enloquecernos. Y nos trastornaban, no por sensiblerías femeninas, no por falta de virilidad para soportar desgracias que la naturaleza impone y como impuestos, son torzados. Si no porque en las inundaciones en Murcia, ha mucho tiempo que, debieron reducirse, en sus efectos, á espectáculos sublimes, donde admirar al Supremo Hacedor.

Y así debía ser, porque la ciencia y la ley previsto tienen lo necesario á este resultado. La ciencia, desde los árabes; la ley, desde las últimas inundaciones en los primeros años de la restauración.

¿Quién lo impide? ¿Quién ha impedido que así suceda? Nuestro modo de ser; el desequilibrio existente entre nuestra pujanza imaginativa y la atonía de nuestra voluntad. Claro que el Estado, tutor negligente en este caso, le alcanza la mayor parte, pero fuera injusto desconocer lo que á los demás corresponde.

Vivimos gobernados por sacudidas histéricas, por naurasténico reflexionar, y así, contemplamos ardores y entusiasmos por lo pueril que momentáneamente impresiona nuestros sentidos sin hacer memoria de los problemas hondos

y trascendentales; de los que pueden alterar el curso de nuestra marcha como nación.

En cualquiera de las civilizadas no habrían lamentado segunda vez la tristeza del mal; los remedios adoptados, acaso más torpemente encontrados que nosotros, tendrían estado en la realidad.

Hay que decirlo; nuestro bagaje legal es suficiente para gobernar al más discreto de los pueblos, pero ni como es, ni más abundante y perfecto, serviría para doblegar la resistencia pasiva de los abúlicos.

La obra es lenta, de una lentitud desesperante, pero que debe acometerse. La prensa es llamada en primer término á la reforma de nuestras costumbres y de ella hay que esperar los alientos para los «desmayados», la durísima censura para los «perniciosos».

Madrid 30 Septiembre 1906.

CRÓNICA

CARIDAD

En este desfile implacable de lluvias, huracanes y tormentas; en estos días de Otoño tan grises y tan brumosos, que pasan y pasan, presididos por remolinos de nubes pardas en el cielo y escoltados por inundaciones y sombrías tragedias en la tierra; en esta lucha desigual del hombre contra el destino y contra los ciegos elementos, la dulce voz de la Caridad, ahogando el fúnebre rumor del viento de abismo que sopla en nuestros corazones, se eleva, sagrada, por encima de todo lo humano, dispuesta á dulcificar todas las amarguras y á despertar de su sueño maldéfico á ciertas almas—pocas por fortuna—que discurren por la tierra desnudas de misericordia... Almas inconvencionales, almas marmóreas...

La caridad oficial—como todos aquellos impulsos simétricos, estudiados y reflexivos, que no nacen espontáneos de un sentimiento desbordante—es helada; enjuga muchas lágrimas, sí, pero con mano indiferente; sus caricias son de nieve, sus sonrisas de piedra. Demasiado artificial y demasiado humana. Por el contrario, la caridad particular, la que se cubre con un velo, la que se practica en la sombra, la que huye del reclamo como del fuego, esa, esa es la divina caridad.

Si habeis visto alguna vez unas inquietas manos femeninas esquivar la luz del sol para repartir entre seres humildes limosnas de pan y de caricias, podéis estar seguros de haber presenciado uno de los espectáculos más bellos de la tierra. No hemos descubierto el rostro de su caritativa dueña, pero aquellas manos así ungidas en el agua de la Gracia, sea el que fuere el corazón que las guía, no temblarán ya ante ninguna catástrofe: están investidas para siempre de una misión sagrada.

En cambio, los que no han instigado jamás las lágrimas ni restañado una herida del alma, esos, aunque durante su vida hayan arrancado una á una todas las flores de la voluptuosidad, del deseo y del capricho, no saben lo que es un goce delicado ni conocen la deliciosa poesía de hacer el bien por el bien mismo.

Los grandes egoístas, los poderosos de corazón seco, los que bostezan de hartazgo y se tapan los oídos para no escuchar los alaridos del dolor ajeno, son unos desdichados. La única ventaja definitiva y palpable que les ofrece su encumbrada posición, no saben aprovecharla. Esa ventaja es admirable. Oídla: Cuando el tedio los abruma, cuando el porvenir emudezca para ellos, cuando el sol ya no les brinde ni caricias ni alborozos, aún pueden aspirar á sentir goce nuevos; aún pueden olvidarse de todo y á ratos perfumar sus vidas con la

mirra de los besos, con el incienso del amor puro, con el aroma de las lágrimas, con el rumor de las bendiciones...

Esos que han pasado su vida amasando riquezas y aquellos otros á quienes se las dejó amasadas un abuelo muerto á tiempo, si no hacen buen uso de ellas cuando un coro de gemidos estalla á su alrededor, decidme, ¿para qué las quieren? Y ellos mismos, ¿para qué desean vivir? ¿Qué misión cumplen sobre la tierra? Si piensan llevarse el oro á la sepultura y comprar con él la paz eterna, sufrirán un tremendo desencanto, una horrible decepción: La tierra no quiere oro, le basta el fósforo de los huesos y los besos del sol para cubrirse de flores.

Cuando todos esos sonrientes egoístas cierran los ojos y en la soledad examinen sus conciencias, cuando allá, en el fondo de sus alcobas, en las horas de los sueños agitados oigan entre tinieblas zumbas el viento y escuchen el gol-

pear furioso del aguacero en sus cristales, tal vez con los ojos de la imaginación verán pasar, como un desfile de remordimientos los espectros interrogadores de esas existencias que se apagaron en lentas y crueles agonías silenciosas y tal vez el presentimiento de sus errores, la necesidad de caminar por nueva vía, el deseo de comunicarse con el infinito, sea una luz reveladora que les muestre la inutilidad de sus vidas.

Como Psyché, la caridad tiene alas: vuela en incesantes viajes de la tierra al cielo. Es el genio familiar que nos invita á salvar el abismo que separa nuestra humana pequeñez de la divinidad. El que no se haya deleitado con sus caricias, el que no haya sentido ese divino fuego que quema las mejillas y consume los pechos, ese, habrá pasado por la vida oyendo sin escuchar y viendo sin comprender.

ENRIQUE MARTÍ.

Horrible Catástrofe

Víctimas y extragos de la Inundación

¡Paso á la caridad!

El llamamiento á la Caridad no ha sido infructuoso. Cada uno, en las medidas de sus fuerzas, contribuye con lo poco que sin serle superfluo no le es menester aún y los pobres santomereños, los infelices privados hasta de ropas, van poco á poco adquiriendo aquellas que por el cambio de estación se hacen más precisas. Los artículos de primera necesidad, repartidos discrecionalmente, aliviaron y alivian muchas miserias; por las ropas, esas ropas donadas compasivamente por algunas personas caritativas, ayudan más que ninguna otra cosa á calmar el angustioso y lamentable recuerdo de la inundación.

Hay que ver á aquellas personas albergadas en cuevas, sobre montones de paja húmeda, precisa observar el hacinamiento de cuerpos en las casas donde pernocta la inmensa mayoría de los inundados; necesitan mirar el misero atalaje de los edificios de obreros campesinos para comprender lo que será en Santomera un día invernal, un día en que el frío muerda las carnes, en que el temporal impida la salida y en que, privados de fuego para reaccionarse, sientan los síntomas primeros de la horrible muerte causada por el frío.

Generosos hasta la saciedad, los vecinos del pueblo han hecho todo lo que estaba á su alcance. La mayoría de las ropas sin aplicación aún, se repartieron entre los infortunados que carecían de ellas; pero como la desgracia hirjó á la mitad de la población, sólo el exterior logró resguardarse de las miradas infortunadas, quedando hombres, mujeres y niños, sin las ropas interiores necesarias á toda persona en cualquiera de las cuatro estaciones. Así ha sido que, apenas los auxilios de la caridad comienzan á sentirse, los ánimos decaídos por la desgracia, los espíritus apocados por el infortunio, las voluntades rendidas ante la adversidad, principian á darse cuenta de su misión energética entre los humanos y medidas prácticas, proyectos atendibles y trabajos de consecuencias importantísimas para el vecindario sustituyen al marasmo cataleptico que embotó las facultades y robó la fuerza y la voluntad á centenares de personas después de la inundación.

La energía de los habitantes de Santomera vuelve de nuevo á reinar en ellos. Ya, frente á frente á la adversidad, ayudados con los esfuerzos de la Caridad, miran al negro horizonte que le hizo visible su mala ventura y confían, confían...

¡Paso á la Caridad!... ¡Paso á los espíritus nobles!...

El día de ayer

Ayer mañana se vió animadísimo el pueblo de Santomera. Desde muy temprano, como se tenían noticias de que nuevamente el Sr. Fernández Blanco iba á reconocer los daños de la catástrofe, el pueblo en masa acudió á las afueras, aguardándolo.

A media mañana hizo su entrada y se le incorporó la comisión de socorros, recorriendo varios sitios en que los terribles efectos del agua se hicieron sentir de modo poderoso la noche de la inundación.

Secando el trigo y efectos mojados

En grandes zarzos, á las puertas de las casas, se ven secándose los pimientos y trigos salvados de las aguas, el carbón, lanas, maíz y enseres caseros.

Grandes cantidades de salvado y muelle fueron arrojados á los solares vacíos, pues la permanencia en las aguas los habían puesto en pésimas condiciones, habiéndose podrido muchas partidas.

Así resulta que ahora, cuando el sol quema, la estancia por aquellos lugares es imposible, pues la peste impide que se aproxime uno.

La Junta de Beniel

Esta Junta, que desde el momento que se enteró de la catástrofe no descansó un momento, ha recogido y enviado al médico Sr. Gimenez para los damnificados de Santomera, 134 efectos, que se descomponen en la forma siguiente:

Calzoncillos, 11; camisas hombre, 17; americanas id., 28; pantalones, id., 23; chalecos, 40; faldas de mujer, 16; gorras de hombre, 7; sombreros, 9; chaquetas de señores, 36; delantales, 5; toquillas, 10; pañuelos de cabezas, 12; botas pares, 8; camisas de mujer, 8; zapatos pares, 5; alpargatas pares, 5; camisetas, 8; pantalones de niños, 7; camisitas, 6; haberos de niño, 9; varias piezas de niño, 19; calcetines pares, 10; medias pares, 3; enaguas blancas, 2; blusas, 1 y chalecos de punto, 1.

Se han entregado al Rojo el Mosta, 19 piezas y 5 pesetas en dinero; á Felipe Pereto, 10 piezas; á Antonio el Cacho, 5 idem; á Rosendo el Manco, 5 id.; á Calbezón de la Pereta, 5 id.; á la Carretera, 3 id.; á Ramón el de la Paca, 3 id. al; Grillo el de la Melitona, 7 id.; al Verdú de la Pijirra, 4 id.; á la viuda de Juan el Zapatero, 4 id.; á Prim el de la Adriana, 6 id.; á Antonio el Hilario, 4 id.; al co-

